

Autor: Dr. Vicente García Olivera

De su larga experiencia en el tratamiento del dolor, el Dr. Vicente García Olivera recuerda especialmente un caso, quizá el más impactante, que le dejó una amplia gratificación personal y profesional. Éste tuvo lugar mientras vivió en la ciudad de N.Y., dado que había sido invitado a pertenecer al grupo de médicos de la Clínica del Dolor del Hospital Bellevue, para atender los casos que llegaban en barcos-ambulancia repletos de lesionados en forma severa y portadores de dolor. Relata el Dr. García que “para ese tiempo yo había adquirido cierta destreza en las áreas del hospital, situación que el Dr. Robertacci, Coordinador del área de Anestesia Regional, había dado a conocer al Dr. Spinter, un coordinador alterno, un médico muy capacitado y sumamente organizado. Un día el Dr. Spinter me dijo que él tenía a su cargo el sector de los viernes en el Hospital Beth Israel y me invitó a colaborar en los casos que requiriesen anestesia regional. Acepté de buen agrado, por lo que me llevó a conocer ese magnífico hospital, bien organizado y equipado, contrastando con el Hospital Bellevue.

“La primera semana se canceló el caso porque el paciente presentó fiebre. A la siguiente semana el Dr. Spinter me advirtió que para el viernes ya estaba señalado un paciente importante, del que sólo mencionó que era un hombre de 53 años, portador de una hernia inguinal derecha, fumador de pipa y con cierta restricción bronquial, por lo que indicaba una anestesia espinal. La operación sería a las seis de la mañana. Llegué al hospital a la hora señalada, cuando entré a la sala ya el residente tenía lista la mesa pequeña del arsenal de anestesia local que revise: la aguja fina, la aguja guía y la aguja espinal muy delgada, como se usa a través de la guía. El paciente estaba ya de costado izquierdo, los campos puestos, entonces me enguanté y procedí a la infiltración de piel, ligamento interespinoso, etcétera.

“Puse la guía y cuando puncioné la meninge externa, diluí el anestésico con el escaso líquido y señalé al ambulante que le diera posición de Trendelenburg 10 grados; enseguida vi el reloj y observé a un lado de la mesa el tiltómetro para verificar los grados de inclinación. En ese momento voltearon al paciente para ponerlo en decúbito dorsal, mientras yo estaba entretenido en verificar estos datos. Enseguida el cirujano me pidió autorización

para iniciar la cirugía, le señalé afirmativamente. Todo marchaba bien y los signos vitales no mostraban ninguna alteración.

“Faltaban unos minutos para terminar la cirugía, cuando el Dr. Spinter me llamó para hacer un bloqueo a un cirujano oncólogo que se había pasado toda la noche en una cirugía muy pesada y que en esos momentos había desarrollado súbitamente una trombosis masiva de la vena femoral y sufría de dolor muy intenso. Subí al piso y procedí, con buena puntería, a bloquear el nervio ciático; el dolor se alivió y estuve varias horas vigilando la mejoría circulatoria y la desaparición del edema. Cuando regresé a ver al paciente de la hernioplastia, éste se hallaba descansando sobre su costado izquierdo, sin signos de dolor.

“Volví al siguiente día y me encontré al paciente sentado, le pregunté cómo se sentía y me informó que bastante bien. Entonces su cara me pareció conocida. Hasta ese momento me di cuenta de que era el doctor Albert Einstein. No aguanté la curiosidad y me lo confirmé, le tomé las manos y le dije que me daba mucho gusto conocerlo. Ante mi manifestación de admiración tan abierta, me preguntó que de dónde era, le dije que de México y me informó que en dos años más haría una visita al Tecnológico de Monterrey. Yo le dije, ‘pues le voy a anotar mi nombre y teléfono para que cuando vaya, me hable para ir a saludarlo allá’. El Dr. Einstein guardó mi papelito y me despedí muy emocionado.

“La semana siguiente regresé al Hospital Beth Israel, pero se había cancelado la intervención quirúrgica. Al salir, vi una larga fila de médicos de distintos hospitales, pregunté el porqué de la fila y el Dr. Artusio, del Hospital N.Y., me dijo que era para subir al penthouse, para conocer y despedirse del cliente más importante que había en ese hospital. Me agregué a la fila, y cuando llegué lo encontré en una silla de ruedas, con el pelo y el bigote ya bien arreglados, con su cobija a grandes cuadros cubriendo sus piernas. Cuando lo saludé, le dije, ‘¿me recuerda usted?’ Einstein me contestó, ‘sí, usted es el médico que me administró la anestesia’; yo le comenté, ‘tiene usted muy buena memoria’, y agregó, ‘no muy buena, sino regular’. Entonces le pregunté si alguna vez había tenido problemas con las matemáticas, y me dijo, ‘todos los fines de semana, porque no acabo de entender las cuentas de mi mujer’”. **DOLOR**